



La Vieja Cuaresma y sus siete pies

En un pueblo de Cataluña vivía un personaje muy conocido por los niños: la Vieja Cuaresma. Vestía una larga túnica llena de bolsillos y tenía siete pies. Cada año aparecía después del Miércoles de Ceniza.

Su misión era enseñar a esperar, reflexionar y compartir durante las siete semanas anteriores a la Pascua. Cada viernes, los niños se reunían para quitarle un pie y descubrir cuánto faltaba para la primavera.

La primera semana habló de la paciencia y explicó que las semillas necesitan tiempo para convertirse en flores.

La segunda enseñó la generosidad compartiendo pan con quienes lo necesitaban.

La tercera contó historias sobre la humildad y la alegría de las cosas sencillas.

La cuarta semana invitó a escribir mensajes de agradecimiento para las personas queridas.

La quinta habló del perdón y de cómo una disculpa sincera puede ayudar a reparar una amistad.



La sexta compartió el valor de la esperanza y pidió a cada niño que escribiera un deseo para el futuro en una estrella de papel.

Cuando solo le quedaba un pie, reveló su última enseñanza: la felicidad crece cuando cuidamos a la familia, los amigos y la naturaleza.

Al llegar la Pascua, el pueblo la despidió con flores, canciones y bailes, sabiendo que volvería al año siguiente.

La tradición

La Vieja Cuaresma ayuda a contar las semanas hasta Pascua y convierte la espera en una oportunidad para aprender valores.